

La Santificación De La Vida Mediante El Poder Que Otorga La Fe

Martín Lutero

Sermón pronunciado en la iglesia del castillo en Wittenberg

Fecha: 21 de marzo de 1538

Texto: 1ª Tesalonicenses 4:1-8. *Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús, que de la manera que aprendisteis de nosotros cómo os conviene conducir y agradar a Dios, así abundéis más y más. Porque ya sabéis qué instrucciones os dimos por el Señor Jesús; pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios; que ninguno agravie ni engañe en nada a su hermano; porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os hemos dicho y testificado. Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación. Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo.*

1. Lo necesario que es ejercitarse en la santificación.

Oímos aquí que la enseñanza de esta Epístola gira en torno de las buenas obras. Pablo no nos da, con estas palabras, una lección acerca de la fe —pues este tema ya lo trató ampliamente en otras oportunidades— sino que exhorta a sus lectores a que tengan una fe activa, no una fe debilitada por la modorra y la pereza. En tal sentido hemos oído predicar a menudo que somos hechos justos ante Dios por medio de la fe, con exclusión de toda obra y mérito propios; pero una vez que nuestra justificación ha llegado a ser una realidad, no debemos vivir sin hacer buenas obras. Y es muy necesario que esta doctrina se inculque siempre de nuevo. Pues el diablo no se queda dormido; no se resigna a vernos transitar por el camino real, sino que trata de desviarnos ya sea hacia la derecha, ya sea hacia la izquierda. Así, por ejemplo, cuando se predica acerca de las buenas obras, como lo hace Pablo en el pasaje recién leído, los oyentes corren el peligro de reincidir en la errónea creencia de que la salvación se puede adquirir mediante la justicia que radica en buenas obras, con el resultado de que creen innecesario atenerse a Cristo como único Salvador. Quieren lograrlo todo con sus propias fuerzas y con sus propias obras. Mas si se les predica acerca de la fe, y de que la fe sola es nuestra justificación, se van al extremo opuesto y dicen: "¿Qué necesidad hay entonces de que nos esforcemos tanto? No hace falta que nos estemos afanando constantemente en producir buenas obras". Por esto me temo que después de nuestros días o se insista demasiado en las buenas obras, o, por el contrario, los hombres caigan en un embrutecimiento total en cuanto a su manera de vivir.

Pablo en cambio se atiene al justo medio. "Ya que aprendisteis de nosotros cómo os conviene conduciros y agradar a Dios", les escribe a los creyentes en Tesalónica, "os exhorto a que abundéis más y más". Esto se refiere a la vida exterior vivida conforme a la fe. Pablo habla aquí no de la fe en sí, sino de la fe aplicada a nuestra vida, o sea, del comportamiento que corresponde al cristiano, y que consiste en que "abundemos más y más". En efecto: algo más adelante, el apóstol agrega: "Cuando Dios nos llamó por medio de la fe y del evangelio, no nos ha llamado a la inmundicia sino a santificación". ¿Qué clase de redención de pecados sería ésta, si ahora quisiéramos entregarnos tanto más a los pecados, y permanecer en ellos? Más que redimir del pecado, esto sería precipitar al pecado. No es tan fácil, por lo tanto, encontrar maestros del evangelio que enseñen al pueblo el camino correcto a seguir: o hablan de las obras de una manera excesivamente espiritual, o no enseñan absolutamente nada en cuanto a ellas. Como se ve, el diablo nos ataca en dos frentes a la vez; por esto debemos preguntar cuál es en realidad la voluntad de Dios, para abundar más y más en obras que sean de su agrado.

Siendo así las cosas, el apóstol Pablo quiere hacer ver a los creyentes en Tesalónica que mediante su fe, ellos habían dado, por cierto, los primeros pasos, pero que todavía les quedaba bastante camino por recorrer para llegar a la meta. Los monjes tenían de sí mismos la opinión de que ellos eran ya más que perfectos, porque habían aceptado los 12 consejos evangélicos; creían que observando éstos, estaban produciendo un excedente de buenas obras. Abrigaban por lo tanto la errónea idea de que ellos habían hecho más de lo que toda la Escritura Sagrada exigía de ellos. Otros hay que llevan una vida en comunidad para alcanzar de esta manera la perfección. Se guían por el siguiente pensamiento: "No se me ha dado ningún mandamiento de que tenga que llevar una cogulla; no obstante la llevaré con toda paciencia, para ser perfecto; asimismo, tampoco tenemos prescripciones en cuanto al comer y beber; pero para ser perfecto, me abstendré de tal o cual comida". Pero con esto tomaron por un camino del todo equivocado, y al fin de cuentas no hicieron absolutamente nada de lo que se exige en los mandamientos de Dios. Tales intentos no son suficientes; si nuestra santidad no fuere mayor que la de los monjes, estamos perdidos. Benjamín¹, por ejemplo, ayunaba 3, 4, 5 días seguidos; pero después comía tantos panes como apenas podría haber comido durante todos aquellos días de ayuno. Todo esto son esfuerzos de invención propia, hechos en la creencia de que de esta manera se logra presentar ante Dios una imagen mejor que los demás. ¡Grandísimo error! Vivir casta y honestamente — para esto no te bastará con alimentarte sólo de pan y agua y vestirte con el hábito gris de los monjes. Más de uno lleva ropa lujosa, ya pesar de ello tiene el corazón lleno de tristeza. Es preciso, por lo tanto, que aprendamos a guiarnos por lo que Dios mismo nos ordena. Pablo nos muestra que todavía no somos perfectos, ni que hablar de esa perfección excedente con que sueñan los monjes. Ella es precisamente una de las causas por qué habría que echar abajo todos los monasterios; pues allí se cultiva un género de vida que pretende ser más perfecto que los mismos 10 Mandamientos; ¡y eso que ni los más grandes de los apóstoles tuvieron la osadía de querer hacer algo que excediera en perfección a los mandamientos de Dios! Ni siquiera el simple cumplirlos está al alcance de los hombres. Sólo esos mentecatos hacen como si fuera cosa fácil guardar los preceptos divinos.

Vosotros empero, que ya habéis recibido la fe, sabéis muy bien que todos los hombres hemos sido concebidos en pecados y merecemos la condenación eterna. Vosotros habéis conocido a Cristo, y por medio de él al Padre. La sangre de Cristo os bautizó, de modo que vuestros pecados están perdonados. Y una vez bautizados con la sangre de Cristo, habéis comenzado, por el poder que confiere el Espíritu Santo, a echar fuera el pecado y someter a disciplina el cuerpo entero. En ello perseverad. Así como el corazón ha sido renovado mediante

¹ No sabemos con exactitud a quién se refiere Lutero.

la fe (a saber: por cuanto Dios no me condenará, a causa de Cristo), así también el cuerpo ha de ser purificado de toda inmundicia carnal. Antes nadie pensaba que la pureza estuviera basada en la fe, sino que se creía que consistía en una vida del tipo monacal. Mas ahora conocemos la verdad enseñada en el evangelio: la inmundicia ha desaparecido por virtud de la fe en la remisión. Ahora sé con toda certeza: Dios no mirará el hábito y la tonsura monacales, sino a su Hijo Jesucristo que ha borrado mis pecados.

Por esta razón, nuestra vida terrenal debe ser un constante ejercicio tendiente a eliminar de nuestro cuerpo el pecado, y a cumplir los mandamientos de Dios. El misericordioso Dios nos conceda que esta doctrina sea conservada entre nosotros, y que nunca nos falten maestros que enseñen al pueblo a permanecer en el camino del medio sin desviarse ni hacia la derecha ni hacia la izquierda. Hasta el día de hoy no has podido desprenderte del todo de tus pecados. No posees el Espíritu Santo en medida décuple, sino que sólo posees las primicias del Espíritu. ¡Cree empero que Cristo está sentado en los cielos para bien tuyo, como tu Mediador, para que no te sean imputados tus pecados, y para que trates de avanzar siempre más en la senda del perfeccionamiento! Cuídate mucho del falaz pensamiento: "Yo creo en Dios; por consiguiente, el pecado no puede dañarme". Así pensaron muchos, y entre tanto seguían entregados a su vida licenciosa. Pero esto no significa hallarse en un estado en que la vida se hace cuanto más larga, más perfecta.

2. La fuente y la virtud de la santificación.

"El reino de los cielos", dice Cristo, "es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de trigo" (Mateo 13:33). La mujer aquella "esconde" la levadura en la harina para que toda la masa sea leudada. En el momento en que la mujer mezcla la levadura con la harina, aún no está leudada la masa entera; antes bien, la mujer se va y espera hasta que el proceso del leudar haya llegado a su fin. En este sentido se dice que el evangelio es una levadura. Ahora bien: la levadura no debes dejarla sobre el banco; tienes que mezclarla bien con la masa, para que la penetre toda y le dé la necesaria esponjosidad. Si lo único que quiero hacer con el evangelio es echarle una mirada y hablar acerca de él, no me servirá de nada; para que me sirva de algo, tiene que entrar en el alma y en el cuerpo y penetrarlos íntegramente. Cuando esto ocurre, la razón ha encontrado, mediante la levadura del evangelio, un nuevo modo de pensar. Pero ahora deben seguirle también la voluntad, la mano, la boca y todos los demás miembros, a fin de que la fe pueda hacerse efectiva en ellos como una fuerza que penetra el cuerpo entero.

Si es que mi corazón cree la buena nueva de la remisión de los pecados, no es más que lógico que mi boca y mi lengua se abstengan a su vez de todo lo que me sea pecaminoso, que no hablen palabras soeces, sino lo que dicta el recato y la santidad; que no se deleiten en ensalzar la fornicación y el adulterio, sino en cantar con gozo acerca de la palabra de Dios, en orar y alabar al Señor. Asimismo deben ser purificados los oídos, a fin de que yo no me complazca en oír palabras escabrosas e impúdicas, maldiciones y blasfemias, sino la palabra de Dios, y palabras que ponderen lo bueno que hay en el prójimo, para que de este modo también los oídos lleguen a ser libres de malicia, a semejanza de la fe que habita en el corazón. Y como dice aquí el apóstol, esta purificación debe hacerse extensiva también a mi vida matrimonial, de manera que desaparezca más y más la concupiscencia carnal dirigida hacia la mujer ajena, y el cuerpo quede sometido a disciplina para no abandonarse a la lujuria. Todo esto no comienza con que vistas un hábito monacal; sólo puede producirlo el poder del Espíritu Santo. Este Espíritu lo recibes

cuando recibes la fe; él renueva tu corazón, y hace que pienses de esta manera: "Dios me perdonó mis pecados y me permitió conocer a Cristo; por Consiguiente quiero hacer lo que a él le agrada".

Y si tu carne no te quiere hacer caso, vete a tu aposento o a la congregación de los fieles, y ora: "Señor, Dios mío, así como comencé a santificar tu nombre en mi corazón, así ayúdame a que pueda santificarlo ahora también en todo mi cuerpo". Por ejemplo: Empecé a vivir en forma casta y honesta; pero mi carne preferiría ir por otro camino. En tal caso, nada mejor que arrodillarse e implorar a Dios a que venga en nuestra ayuda. Con aquellos ejercicios exteriores es imposible expulsar semejantes tentaciones. Aunque fueras al mismísimo desierto, tu viejo Adán te acompañará. Y aunque vistieras una cogulla, no te servirá de nada; sólo encubrirás con ella a ese viejo malvado que llevas dentro de ti. ¿Acaso no es verdad que todas las confesiones hechas por los monjes en los conventos tenían que ver con lascivia, gula, envidia, ira, etc.? Vosotros empero habéis recibido nueva luz, habéis oído la voluntad del Señor: Él quiere que seáis salvos por medio de Cristo, y quiere además que seáis limpios como Él es limpio, y que guardéis sus mandamientos. Por lo tanto, si te sientes atacado por la lascivia u otra mala inclinación, exclama: "¡Ven, Padre, ayúdame, para que así como mi corazón empezó a creer en ti y a amarte, también la boca hable y las manos hagan lo que es de tu agrado!" La santificación debe proceder del interior, no del exterior. Sería una insensatez si quisieras echar agua al manantial; al contrario, el agua debe brotar del manantial. La triste verdad es que al malvado lo llevo dentro de mi propio corazón; va conmigo, duerme conmigo, y no hay medidas disciplinarias exteriores que lo puedan sofocar. La única medida que vale es ésta: Cree en Cristo, gracias al cual Dios es para ti un Dios misericordioso. El Padre es enemigo de los pecados, por esto nos envió a su Hijo Jesucristo para que él obtenga para mí el perdón de mis culpas. Y luego envió a mi corazón su Espíritu Santo para que yo también me convierta en enemigo de los pecados que habitan en mí. Mas si digo: "Yo creo en Dios", y luego voy y me comporto como un usurero, avaro, etc., tal fe no es en verdad un fermento; no ha penetrado en mi vida. Pero tienes que hacerla penetrar en ella ¡Mete la levadura del evangelio en tu cuerpo, húndela profundamente mediante la fe, para que se propague a todos tus miembros!

3. Cómo se concreta la santificación dentro de nosotros mismos y con respecto al prójimo.

"Porque ya sabéis qué instrucciones os dimos por el Señor, Jesús, a saber, que la voluntad de Dios es vuestra santificación"; y este Dios es, como Él mismo declara, "vengador de todo esto", o sea, no tolerará que su voluntad sea despreciada. Pablo pasa a detallar ahora lo que pertenece al comportamiento exterior del creyente. Quiere decirnos: "Vosotros habéis sido santificados por medio de la fe, y por haber llegado a la fe en el Hijo de Dios, vuestros pecados os han sido perdonados. Ahora, la voluntad de Dios es que avancéis en la santificación, que esa santificación producida por la fe muestre más y más su efecto en vuestro cuerpo". Pues por lo concupiscente e irascible que es nuestra naturaleza humana, mis deseos o se dirigen contra mi propio cuerpo, o resultan en perjuicio del cuerpo de mi prójimo. "Santificación" es cuando a un vaso se lo retira del servicio a lo profano y se lo destina al servicio de lo sagrado, como el mismo apóstol lo expone en Hebreos 6: "Así como, antes de haber llegado a la fe, presentasteis vuestros miembros para iniquidad para servir a la inmundicia, así retiradlos ahora del servicio a la injusticia y presentadlos para servir a la justicia". En mis años más jóvenes, Satanás causó daño por medio de mi lengua, haciendo que me gustara proferir palabras indecentes. De esta manera, la lengua llega a ser un arma de la injusticia, que induce a la injusticia también a los demás. Es preciso pues que mi lengua sea santificada, que pase del empleo pecaminoso al empleo santo,

vale decir: yo mismo debo hablar decentemente y advertir a otros para que también ellos a su vez hablen con decencia y luchen contra toda impudicia. E igual santificación debe extenderse a todos mis miembros. Todos ellos estaban sumidos en vicios de diversa índole, en adulterio y otros pecados vergonzosos; y tan seguros nos sentíamos que hasta nos reíamos de nuestras fechorías detestables. Pero ahora debes usar tus miembros para servir a la pureza. Si no puedes permanecer célibe, toma una esposa, para que no te venzan la concupiscencia, los malos deseos y pensamientos. De esta manera sustraes tu cuerpo y todos tus miembros al poder de la concupiscencia, aun cuando las manifestaciones de la concupiscencia en tu cuerpo no terminen. Los que así proceden, son llamados "santos" también en su comportamiento exterior; así como son purificados en su interior por medio de la fe, que es el factor principal en todo esto, lo son también en sus actos visibles.

Éste ha de ser, pues, nuestro cometido: en primer lugar, que nos comportemos casta y disciplinadamente para con nuestro propio cuerpo. Ser santos significa: mantener vuestro cuerpo y vuestros miembros en castidad y pureza; pues a esto habéis sido llamados. El apóstol se explica a sí mismo respecto de lo que quiere decir con "inmundicia": inmundicia es cuando permitimos al diablo usar nuestro cuerpo para la fornicación, etc. Muchos se burlan de esto y lo toman a risa, como los gentiles. Pero Dios dijo: Lo que habéis de practicar es decoro matrimonial, no fornicación. Por consiguiente debemos abstenernos de la deshonestidad, lo que no quiere decir que evites sólo exteriormente las acciones impúdicas, sino que mediante la oración y la lectura de la Sagrada Escritura trates de vencer más y más las inclinaciones impuras en tu interior. Donde no se hace esto, quiere decir, donde uno no quiere ejercitarse en esta santidad, Dios se presentará como vengador. Los adormecidos en una falsa seguridad no dan importancia a tales pecados, pero no escapan impunes: el uno es acuchillado, el otro perece de otra manera. No cabe duda: "el Señor es vengador de todo esto", especialmente en el caso de los que quieren ser cristianos y no obstante quieren dar rienda suelta a su carne.

"Y cada uno de vosotros sepa tener su vaso en santidad y honor, no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios". Pablo habla aquí de la situación imperante entre los gentiles. Cada país tiene su vicio peculiar; los griegos eran muy dados a la fornicación, y el haber cometido adulterio lo festejaban como si fuera una hazaña reidera. En vivo contraste con esta práctica general, los creyentes en Tesalónica fueron llamados a una vida en castidad y pureza. Mas donde el mal ejemplo es tan fuerte que arrastra al vicio a grandes y chicos, el hombre fácilmente se siente inclinado a decir: "Si todos van por el mismo camino, ¿por qué yo habría de quedarme atrás?". Y en aquel tiempo, todos iban, efectivamente, por el mismo camino: la fornicación no se consideraba un pecado. Idéntica era la situación en Italia, donde "deshonraban entre sí sus propios cuerpos", como escribe el apóstol en el primer capítulo de su carta a los romanos (v. 24). Tal era el estilo de vida de los gentiles; y para colmo, se reían de su desvergonzado proceder como si hubiesen obrado bien. Y aun en la Italia de nuestros días se comete adulterio impunemente; los mismos obispos y cardenales lo hacen con la mayor despreocupación. Entre nosotros los alemanes, el cometer adulterio al menos no es motivo para gloriarse, sino para avergonzarse, puesto que al adúltero se le considera un miserable. Además, si en Italia uno engaña al otro, el engañado hasta tiene que cargar con las burlas de los demás: "¿por qué no fuiste más cauteloso?", le dicen con sorna. Entre nosotros, el engaño por lo menos no cuenta con la aprobación general. El vicio nuestro es el excesivo comer y beber, una verdadera plaga en Alemania. Pero Dios no nos ha llamado para que vivamos como puercos, ni para que nos hagamos partícipes de la inmoralidad que va invadiendo más y más a los pueblos; al contrario: también nosotros debemos fijarnos con mucha atención en lo que el apóstol escribe a los tesalonicenses. ¿O acaso queréis imitar a la gente de Sodoma que cometía los pecados más

execrables y aun se gloriaba en ellos? "Ateneos a Dios", dice Pablo a los tesalonicenses, "el cual os ha llamado para que abundéis más y más". Lo mismo rige también para nosotros. Si bien la depravación general se hace sentir también en torno nuestro, sin embargo, no debemos consentir en ella ni mucho menos imitarla, sino antes bien vivir conscientes de nuestro llamado a la santificación. Por desgracia, muchos se hallan tan sumergidos en la inmundicia como los habitantes de Sodoma y Gomorra, y ni siquiera se avergüenzan de ello ni lo consideran un pecado; son como los sibaritas⁹, famosos en el mundo antiguo por su molicie. Pero cuando una ciudad ha llegado a tal extremo de lujuria y perversidad, de seguro que el fuego del infierno no está lejos. La Sagrada Escritura nos lo muestra claramente con el ejemplo de los benjamitas, que fueron erradicados de entre los hijos de Israel a causa de la abominación que habían cometido. Si se produce el caso de que un hombre es engañado por el diablo e inducido a lo malo, el tal vuelva de su camino errado y ruegue al Padre que le perdone; por cierto, el Señor no le echará fuera (Juan 6:37). Pero si quieres vivir despreocupadamente, sin inquietarte por tus pecados, sino al contrario, gozándote y vanagloriándote en ellos, entonces no puedes esperar de Dios otra cosa que el juicio.

"Que cada uno de vosotros sepa tener su vaso en santidad y honor." "Su vaso" significa aquí "su propio cuerpo". El apóstol Pedro aplica el mismo término a las mujeres llamándolas "el vaso más débil" (1ª Pedro 3:7). El hombre es el vaso e instrumento de Dios. Sus miembros y su cuerpo, incluidos los ojos, los oídos, etc., han de ser manejados de tal manera que el hombre entero sea un vaso sagrado que rechaza la inmundicia, y no un vaso entregado a la "pasión de concupiscencia", al servicio del diablo. "Cada uno sepa tener su vaso en honor", dice Pablo, y con esto alude a los griegos y romanos que deshonran sus propios cuerpos, no destinándolos al fin para el cual fueron creados, a saber, el esposo para la esposa y viceversa, sino cambiando el uso natural por el que es contra naturaleza (Romanos 1:26). Aquellos en cambio que se abstienen de tales perversidades y viven en fidelidad conyugal, "tienen su vaso en santidad y honor", porque andan en obediencia a Dios. Era muy necesario que Pablo dirigiera a los cristianos de Tesalónica esta advertencia, porque vivían en un ambiente en que reinaba el vicio y el desenfreno; y lo mismo sucedía en la Roma de aquel entonces, y sucede en la Roma actual. Por esto, si el pecado te tienta, es inútil que consultes con el papa o con los cardenales; ellos se han convertido en epicúreos tan licenciosos que ya no preguntan ni por Dios ni por su palabra. Por otra parte, si se opone uno aquí, otro allí a la Roma entera con toda su inmundicia, no logrará nada; el montón grande arrastra consigo al montón pequeño. Es pues preciso que el mismo Apóstol nos inculque que Dios nos ha llamado no a la fornicación, sino a que sofoquemos nuestros deseos impuros y permanezcamos castos y honestos, sea dentro del matrimonio o fuera de él; y a esto nos ayudará la fe, la palabra de Dios, y la oración, mas no la oración que se tiene sólo a flor de labios, sino la que brota del corazón.

La fe, por lo tanto, no se entrega al ocio. Es verdad: ella no nos hace enteramente justos; pero se aferra a Cristo, y gracias a ello, nuestra santidad sólo imperfecta no redundará en nuestro perjuicio. Éste es el camino del medio del que ya hablamos antes; quien lo transita, no busca refugiarse en las buenas obras, pero tampoco las deja a un lado. Los cristianos son santos por cuanto creen en Cristo y se ejercitan en la santidad también en lo que a su cuerpo se refiere.

La segunda parte de nuestro texto habla de que no debo aprovecharme de mi prójimo. Lamentablemente, hoy día este vicio ya no es tenido por vergonzoso. El mencionado en primer lugar, o sea, la fornicación, sigue teniendo mal olor, y sigue siendo considerado indecoroso, por lo menos entre los cristianos; pero el otro, que uno se aproveche del prójimo en asuntos de negocios, no. El mundo está lleno de avidez de dinero y de prácticas comerciales poco honestas. Los mismos príncipes y señores andan en eso. Pablo empero nos dice: "Entre vosotros no ha de

ser así; no se debe defraudar al prójimo; esto no condice con una vida en santidad". No debo buscar mi propio provecho perjudicando al prójimo. En la parte final de nuestra Epístola, Pablo declara: Muchos desecharán mis advertencias, "mas el que desecha esto, no desecha a hombre sino a Dios" (v. 8). Hay innumerables personas que no hacen otra cosa que engañar a los demás con negocios fraudulentos; y, sin embargo, creen que lo que hacen está bien hecho. No se quiere admitir que la usura es un pecado vergonzoso. Toda prédica' en tal sentido es recibida con desdén. Mas sepan estos des-preciadores que al que desprecian no es a un hombre sino al Señor, y "el Señor es vengador de todo esto". Si el hombre del campo logra venderle gato por liebre al de la ciudad, se ríe; y se ríe el hombre de la ciudad si con sus astutas prácticas comerciales logra causarle el mayor daño posible al campesino. Y esto es malo. ¡Si por lo menos se lo tuviera por un hecho repudiable! Pero que todo el mundo considere ese aprovecharse como algo divertido, normal y hasta loable, y vea en ello un motivo para regocijarse y reírse, ¡esto acabará algún día con la paciencia de Dios!

Advertencia final: Dios juzgará todos los pecados.

La depravación ya sobrepasa toda medida. Siendo pues que los hombres entregan sus miembros enteramente a la avaricia, sucederá lo que Pablo anuncia, a saber, que el Señor aparecerá como vengador de todo esto. ¡Y quiero ver entonces quién se escapará cuando el Señor venga como Juez y haga rendir cuentas a los hombres acerca de los pecados que cometieron! ¡Echa una mirada a la historia, antigua o reciente, y verás que no hay pecado que no haya sido castigado con la mayor severidad! ¿No basta con que el Señor perdone los pecados, que cierre los ojos ante tus transgresiones y no las cuente como tales? ¿Habremos de llegar al extremo de que tomemos a risa nuestras maldades, las defendamos y las convirtamos en algo perfectamente lícito? He aquí el pecado de Satanás, quien no sólo atenta contra la voluntad de Dios y se rebela contra él, sino que para colmo quiere que se considere correcto su proceder; en tales circunstancias, Dios no puede hacer efectivo su perdón.

Es inevitable, por lo tanto, que Alemania reciba un castigo ejemplar, porque al pecado lo están tomando como ocasión para vanagloriarse. Dijo un filósofo pagano: "Cuando en una nación llegan a considerar virtudes lo que antes habían considerado vicios, la tal nación está perdida". ¡Si al menos llamasen al vicio, vicio, y al pecado, pecado! Entonces habría aún alguna esperanza. Pero como en Alemania se empeñan en ponderar como correcto lo que en realidad es incorrecto, toda tentativa de remediar las cosas está condenada al fracaso. Cuando una persona está enferma de muerte y no obstante afirma tercamente gozar de buena salud, el médico ya no puede hacer más que desahuciarlo. Esto nos lo inculca el apóstol con toda solicitud, para que temamos a Dios y no trasпасemos sus mandamientos.